

La vieja era tía de la niña, y nunca vi sol con tan mala aurora; díjola cuando se apeó del coche: Beatricica, mira cómo andas por estas piedras, no caigas. Calle, tía, dijo ella, ¿cómo puede la república de mi cuerpo caer con tan buen estadista como llevo al lado? No te fies en eso, respondió la vieja, niña, que hay estadista que en aprovechándose de la república, la deja luego. Yo estaba notando los sugetos que salían del coche, y vi que se venían dando la mano la naturaleza, el mundo, el cielo, Marte y Venus. Salió nuestro tribunal á recibirlos, hubo ceremonias, preguntas y besamanos, servicios y cumplimientos cortesanos; pero la niña llevó la gala á todos en ser cortesana. Era una perla pendiente de la oreja de su tía, ojos negros, cejas grandes, dientes de marfil, boca pequeña, gentil cuerpo, mejor donaire, y sobre todo linda voz, por entonces, pues no pedía; jugaba con armas dobles, y podía vender destreza á cuantas se armaron en la calle Mayor de corsarias. Cenamos todos juntos aquella noche, y antes de poner la mesa se llegó á mí la tía rezando en una camándula, y díjome: ¿De dónde es usted, que lo quiero conocer? Yo le respondí que de Sevilla. Luego lo dije, me respondió ella: ¿irá usted á Madrid? Sí, señora, le repliqué, voy á la corte á pretender un hábito de Santiago, ó por mejor decir, á ponérmelo en los pechos. Honrar-se puede el hábito de estar en ellos, dijo la vieja: ¿qué buen talle! Bendígate Dios el mozo, y ¿qué galan eres! toma una higa. Esto decía despeñando una cuenta en señal de haber rezado á mi devoción. ¿Qué le parece de mi sobrinica? respondió. Yo la dije que era un prodigio de hermosura; ella me fué á la mano ó á la boca, que es mas propio, y dijo: Está flaquita la pobre de dos meses á esta parte, pero sus carnes son el ampo de la nieve. Mas á todo esto, ¿cómo es su nombre? Don Gregorio Guadaña, respondí, para servirla. Para servir á mi sobrinica le guardé Dios, me dijo, que á mí no me está bien criado de tan poca edad. Volvióse para ella, y díjola: Niña Beatricica, habla al señor don Gregorio, que le debe tu hermosura mil alabanzas. Quiéreme creer, señora tía, le respondió la niña; desde la hora que me apeé del coche puse los ojos en este caballero por simpatía: ¡oh si yo fuera tan dichosa que le llevase á usted en mi compañía, daría por feliz mi viaje! asegurándose que en mí hallaría la correspondencia que se debe á tan noble persona en irle sirviendo. Señora mía, le respondí, yo nací solamente para ir sirviendo á usted, y dejaré, no solo la compañía que traigo, pero lo mas importante, que es la vida, perderé por entregarle el alma; disponga de una y otra á su voluntad, que las hallará prontas para seguir su gusto.

Pasara más adelante la plática, si no lo estorbaba el estado, quiero decir el estadista, el cual llegó diciéndome: Señora doña Beatriz, cuando una provincia se rebela á otro dueño, necesita de castigo. Señor don Crisóstomo, respondió la vieja, no hay reino sin posesion. El soldado dijo: Muchos he conquistado yo á coces y á bofetadas, juro á Dios. El filósofo salió con la suya, diciendo: No hay monarquía sin influencia de los astros.

El fraile respondió: Es gran príncipe el diablo, y no me admiro que tenga tantos vasallos y que los aliente con semejantes monarquías. Yo que vi el mundo, la naturaleza, el cielo y Marte contra mí, diciendo con temor aquí de la justicia, llamé á mis amigos, escribano, alguacil y letrado, los cuales salieron á darme favor, con achaque de tragar. La niña se sentó junto á mí, y la vieja á su lado; si yo pudiera hacer un seguro sobre mi vida, lo hiciera, porque me parecía que cada uno de mis émulos me comía al primer bocado; dió en regalarme la sobrina, y entendí enfermar de la tía. Mi juez no quitaba los ojos de su hermosura, ni ella se los dejaría quitar; cuando se descuidaba, proveía en auto de revista, y paseábala de arriba abajo. El escribano la trazaba con los ojos una causa, el letrado la defendía, y el alguacil la estafaba; solo yo la quería sin interés. Acabóse la cena, quitaron las mesas, y rodeamos todos, como abejas, aquella colmena de miel; lo de virgen se quede para los mártires, que solo el fraile era confesor; tan propiamente era colmena la niña, que lo conociera un ciego, por el zángano de la tía, y como había tantos tábanos, tenía la vieja algunas picadas sin fruto.

CAPITULO IV.

Lo que le sucedió á don Gregorio, saliendo á rondar con el juez en Carmona.

Recogieronse todos, excepto nuestra compañía; llegóse el juez á mí y al letrado, y díjome si gustábamos de ir á rondar. Yo bien excusara la ronda por tener otra en diferente parte, pero no pude. Salimos con todo secreto á prender los dos caballeros que ordenaba el Consejo. Sería la una de la noche cuando á guisa de ronda llegamos á la casa de los agresores. Llevaba el juez tres cañutos del lugar que conocían los dos caballeros, que habían dado muerte alevosamente, si hay muerte que no lo sea, al hidalgo de que hicimos mencion en el antecedente capítulo. Llamaron los malsines; y como los conocían por amigos, siendo traidores, abrieron luego. Entramos todos con aquella espantosa palabra: Deténganse á la justicia. Los corchetes agarraron de la moza, y cerraron la puerta. El escribano y alguacil, siguiendo al juez, subieron la escalera con tanto ánimo como si fueran á ganar la casa santa. Llevaba el alguacil una linterna, dió luz á una sala, no halló persona; dió luz á una alcoba, hija de la sala, no halló alma; hizo oriente á otra, no halló cuerpo; y con la priesa que llevaban todos, se dejaron por mirar un aposento cuya ventana daba en otra calle. Ellos iban coléricos, yo no llevaba sino admiracion, cuando siento abrir el aposento, y salir un hombre con una espada en la mano y una vela en la otra. Conocíle sin haberle visto en mi vida por el agresor, y díjele: Caballero, mirad por vos, que os viene á prender un juez de su majestad, y le teneis en vuestra casa. En breves palabras me respondió: conozco que sois noble, hacedme gusto de guardar este anillo, que será lazo de eterna amistad entre los dos. Tomé el anillo, cerré el aposento á tiempo que colaba un soplo de mal aire por la escalera. Veníale siguiendo

el juez y demás tropa. Llegó el malsin al aposento, y dijo: Pecador de mí, decía verdad, ¿adónde van vuestras mercedes? ¿Aquí duerme en este aposento el señor don Juan? Comenzaron á llamar de parte del Rey, y como no respondían, dieron con la puerta en el suelo, á tiempo que mi don Juan había dado con su cuerpo en la calle: poco le faltó al juez para hacer lo mismo; pero contentóse con poner en la cárcel los criados y embarcar los bienes, que aunque pocos, por no ser casado el caballero, eran buenos. Hubo tres depositarios: el escribano, el alguacil y un vecino, que se llamó en lo último del depósito, para las alhajas de mas peso; que los ministros de justicia no se entregaron de cosa que no pudiese ir en la faltriquera. A mi letrado le daban un libro de Bartulo y otro de Baldo, y respondió que no quería llevar consigo sus mortales enemigos. Dió fe el escribano de haber visto saltar por la ventana á don Juan, y el alguacil juró haberle tirado una estocada al juez. Alborotóse la vecindad y prendimos diez y seis inocentes visitando tres casas; en la última vivía una dama entre corte y ciudad, con cierto galan que la hacía compañía de noche.

Llegóse al juez un hombre rebozado, pues no hay celos que no traigan su rebozo, y díjole: Si usted quiere prender un cómplice en la muerte de ese caballero, en esta casa vive una dama, visítela usted, que dentro de una alacena hallará lo que desea; advirtiéndome que está cubierta con un retablo en la segunda sala. Mi juez se azoró con la mina, y subiendo todos á la primera sala, dimos en la China, quiero decir, en sus damascos, propias colgaduras de damas; entramos en la segunda, adonde tenía la vista que admirar, y el buen gusto que sentir. Rasos de nácar con cenefa de oro adornaban sala y alcoba; sillitas de lo mismo, escritorios de ébano y marfil, sacados á las mil maravillas de poder de sus dueños. Los escritorios hacían correspondencia con sus pirámides, tan célebres por su camino como las de Egipto. El estrado turco, el suelo arábigo, y la cama de damasco sobre un catre de la India. Oía toda la casa á vísperas solemnes, pero tales santos se guardaban en ella. Salió á recibir al juez una vieja, de estas que mudan caras todas las noches, y nunca aciertan con la que solían tener. Como no lo conocía, le dijo: ¿Eres tú don Alonso? El juez respondió: Sosiéguese usted, que es la justicia. ¡La justicia en mi casa y á estas horas! dijo la vieja. El juez inadvertidamente se salió de la sala primera, y mandó cerrar las puertas de la calle. No bien se puso por obra, cuando la vieja cerró la sala y nos dejó á oscuras; enojóse el juez, comenzó á varear la puerta, y respondió la vieja: Espere si es servido, que estamos en camisa. En fin, ellas acomodaron su galan, en tanto que nosotros nos acomodábamos á reir la sutileza del juez. Abrió la vieja, y entramos hasta la alcoba, admirados de ver un brazo que corría la cortina haciendo plaza á su dueño; era una dama tan hija de Venus, que parecía haber salido de la espuma en aquel instante. Abrió los dormidos ojos con tal gracia, que nos llenó de luz á modo de relámpago que pasa presto.

Sentóse en la cama, arqueó las cejas, tendió los brazos, aderezó la holandá, alentó la vista, armó los ojos, y púsose á matar vidas, diciendo: ¡La justicia en mi casa! Téngolo por imposible, siendo ella el tribunal de los justos, y no de los gustos; y cuando lo sea, retírese la justicia en tanto que me armo de vestidos, y no será fuerza que la acuchille con las armas del tercer planeta. No tiene usted que levantarse, dijo el juez, sino decir en qué parte acomodó su galan el cuerpo, que importa al servicio del Rey. ¡Jesus, señor! respondió ella, mi esposo ha quince años que acomodó su cuerpo en el Perú, dejándome el alma por estas partes; si su espíritu importa al servicio de su majestad, abra mi corazón, y sáquele, que á buen seguro le hallará en él. ¿Casada es usted? le replicó el juez. Sí, señor, respondió la dama; casada y mal casada, pues me dejó mi esposo por las minas del Perú, concubinas de los ambiciosos. En verdad, dijo el juez, que no son malas minas sus niñas de usted. Otras habrá peores, respondió ella; pero los hombres aborrecen las nuestras, porque en vez de dar oro se le sacamos, y están engañados, porque nosotras no tenemos otras mejores minas que las de los hombres. Pues suplicola, dijo el juez, nos enseñe la que está escondida, que la trataremos con el decoro que se debe á su belleza. Señor mio, dijo ella, la mina que naturaleza me dió no es para todos. No me entiende, respondió el juez algo sentido; lo que yo vengo á buscar es su amante, su galan ó su diablo. ¿Su qué? dijo la dama; ¿su diablo? Pues ¿tiéneme por endemoniada ó por hechicera? ¡Jesus mil veces! Madre, madre, la pila del agua bendita; presto, presto, que hay diablos en casa. Arredro vayas, Satanás, dijo la vieja, llenándonos de agua; diablos aquí, *abrenuntio, libera nos, Domine*. Poco le faltó á mi juez para desesperarse, y sin mas dilacion comenzó á pasear la vista por los cuadros en achaque de alacenas. La dama le dijo: Si usted es inclinado á la pintura, mire esa cabeza de san Juan Bautista, que fué del Ticiano. El respondió: Retratos vivos busco yo, señora mía; sosiéguese, que la justicia tiene los pinceles en casa del verdugo para retocarlos cuando se le antoja. Súpole mal á la dama esta respuesta, y levantándose en unas enaguas de cristal que se podían beber en ayunas, le dijo: ¿Qué busca el señor juez en mis cuadros, mirándolos por detrás? Busco, le respondió, una cierta alacena que ha de tener esta sala; la cual, si no me engaño, tiene por defensa aquel san Miguel con su diablo á los pies. Alzó el cuadro mi juez, y dimos con ella. Estaba cerrada, y pidió el escribano la llave para dar fe de lo que tenía dentro. Llaman un cerrajero, dijo la vieja, que ha seis días que se perdió la llave. ¡Ah, madre, dijo el juez, cómo me parece que habéis de pasear las calles antes de tiempo! Mirad dónde está la llave, ó caerá la alacena en el suelo. No hará, respondió la dama, que tiene búcaros de Lisboa y vidrios de Venecia; yo tengo la segunda, abra usted, y si viere alguna sabandija nocturna, no se espante.

Entre tanto que el juez procuraba abrir la alacena,

apartó la dama al escribano y alguacil, y puso en sus manos un bolsillo con veinte doblones; el escribano dijo: Está bien, no se hable mas en esto. No bien habia mi juez abierto la alacena cuando el galan, que estaba como galápago dentro, dió un soplo á la luz, y dejándonos á oscuras, se abalanzó al suelo, dando encima de mi juez. Acudieron el alguacil y escribano, diciendo: Resistencia, aquí de la justicia; y como la sala habia quedado en tinieblas, andábamos todos barajados unos con otros dando voces, como siuviéramos un ejército de enemigos encima. El escribano, con mas ligereza que su pluma, abriendo la puerta de la calle, puso al galan en ella. El juez pedia luz, la dama misericordia, la vieja agua bendita, el escribano doblones, el alguacil resistencia, mi letrado calle, y yo de risa pedia silla para sentarme, porque no la podia tener en pié. Hola, decia el juez, prended esa vieja hechicera. Ella respondió: Hable como ha de hablar, señor juez de la langosta, que ahora todos somos de un color. Venga luz, decia el escribano. ¿Luz? replicó la vieja; la que salió por boca del ángel puede buscar, que aquí no se vive sino en tinieblas. Por vida del Rey, que las he de meter en un calabozo, decia el juez. La dama, entonando su voz jacarandina, dijo:

Zampuzado en un banasto
Me tiene su majestad,
En un callejon Noruega
Aprendiendo á gavilan.

Aseguro á ustedes que cantó los cuatro versos con tal gracia, que si yo fuera el juez, le perdonara el delito por toda la jácara. ¿No hay quien pida luz en casa de algun vecino? dijo el juez. El escribano respondió: Yo no acertaré con la escalera (decia verdad; con los doblones, sí). El juez no habia soltado la vela de la mano; llegóse á la cocina, y empezó á soplar un tizon con lumbre; la vieja, que estaba sobre una silla, le dejó caer un caldero de agua sobre la cabeza, y puso á mi juez como un palomino. Dió voces el ministro abadejo, llamando al escribano para que diese fe del diluvio. El respondió: ¿Cómo quiere que dé fe del diluvio, si ha mas de cuatro mil años que pasó, y no ante mí? Que no le digo eso, replicó el juez, sino que dé fe del agua que estas putas me han echado encima. Si le doy, respondió el escribano, testimonio será verdadero, pues no lo vi. Por vida del Rey, seor Arenillas, replicó el juez, que tan untadas tiene usted las manos de unto de Méjico como yo el cuerpo de agua; pero á todo esto, el galan de estas ninfas ¿está asido? ¿Qué galan? dijo el alguacil, ¿el de la membrilla? Por Dios, que si no lo vamos á prender á Manzanares, que aquí le veo mala orden. Ah, señor licenciado, dijo el juez, ¿no dará un parecer sobre el derecho de la escalera? Pecador de mí, respondió el letrado, yo trago en mi faltriquera eslabon, yesca y pajueta. Hablara yo para el dia de la Candelaria, léguese á mí, y nos verémos las caras, dijo el juez. Apenas mi letrado empezó á caminar por el tacto adonde estaba mi juez, cuando la dama le puso delante un taburete; fué tal la caída que dió abra-

zándose con él, que en vez de hacerse las narices se las deshizo, y dijo con voz dolorosa: En toda mi vida he dado peor parecer que esta noche, y si dijera caída, acertara. Con todo se levantó, y encendió luz, que no fué poco haber aclarado el derecho de su justicia. Ya la dama tenia en sus blancas manos una camisa de Holanda para mi juez, y llegándose á él, le dijo: Desnude usted el pellejo de la culebra, y vístase de mi mano este lienzo hereje, labrado con estas manos cristianas, aunque pecadoras. El juez quedó admirado de la hermosura y gracia de la dama, y como estaba tan propiamente rio, quiso dar corriente á las aguas, que dádivas quebrantan penas, cuanto mas varas, pero no olvidó al galan ni la vieja, dando su palabra de no hacer agravio á ninguno. Descubrió entonces la dama otra alacena: diciendo: Salga usted, señor don Pedro. Salió otro galan; y el escribano entendió que á la dama se le deslizaran otros veinte doblones, pero en fe de la palabra, no se trató sino de solemnizar su cordura. Yo pregunté á la dama si habia mas alacenas, y respondiome que volviese otra noche, y me pondria en la tercera: pasóse en silencio la vieja, porque mi juez estaba ya derretido á la luz de la niña; dimos fin á la visita, y salimos del palacio encantado, dando con nuestros cuerpos en la posada, tan cansados de la ronda como del sueño.

CAPITULO V.

Lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de Carmona.

Serian las cinco de la mañana cuando nos recogimos, y á las seis me vino á dar los buenos dias la tia de doña Beatriz, en achaque de la mala noche. Venia rezando en una camándula, y díjome corriendo la cortina: Buenas y frescas rondas dé Dios á usted, señor don Gregorio. En verdad que mi sobrínica no ha podido dormir en toda la noche, con el cuidado que ha tenido de su persona. Dígame, pecador, qué gusto saca de rondar al lado de la justicia; merecia un gran castigo quien deja los favores de Venus por los de Júpiter. Yo le conté el suceso de la dama con sus alacenas, y ella me respondió: En verdad, señor don Gregorio, que todos esos almarios ó alacenas son necesarias para guardar ó encerrar las almas de los inocentes; piensan los amantes de poquito que su dama está obligada á ser Lucrecia á pié quedo; andan los favores á millares, y el señor dinero se está donde mi Dios es servido. No, amigo, todas las mujeres son de tomar, y en no siendo los hombres de Daroca, no alcanzan un gusto perfecto, aunque se vuelvan Adonis, y se trasformen en Narcisos. Los amantes de Durango son buenos para vivir en Valdeinferno; pero los que asisten en Ciudad-Real, continuamente gozarán de Valparaíso. Mucha gala y poco dinero, no es galan al uso: ¿piensa por su vida que una dama tiene mas gracia que dame, ni mas donaire que da mas? Déla por perdida si no funda sobre estos dos ejes el cielo de su hermosura. Los necios piden belleza, gala, discrecion, casa, colgaduras, sillas, escritorios, bufetes, camas, joyas y otras galas, y no

miran que todo esto cuesta lo que ellos no dan. En mi tiempo las mujeres no pedian, porque los hombres daban; pero ahora es necesario ser campanas, para despertarlos. Mi sobrínica, Dios la guarde, es una boba; no pedirá un cuarto si la quemaren; y yo la digo: Niña, no está el tiempo para usar de esas galanterías, pide, aunque te despidan. Dime, tonta, ¿puede el mundo conservarse sin pedir? La tierra pide agua y sol, el cielo pide almas, el limbo inocentes, y todos nos pedimos los unos á los otros. La justicia se pide, la gloria se pide, y la muerte piden muchos; ya que tú no pidas la muerte, pide hasta la muerte, pues te piden á tí. Si la fortuna te deparare un hombre como el señor don Gregorio, y se enamorare de tí, en tal caso no le pidas, que él te dará el tesoro de su mayorazgo; que si lo tiene, es mas seguro que el de Venecia; pero á los demás despidelos á letra vista, y pídeles de contado. Ella me suele responder: Calle, tia, reniegue de mujer que pide y de hombre que aguarda que le pidan. Señor don Gregorio, es una perdida, no tiene cosa suya. Yo lo creo, la dije, pero usted debe moderar esas liberalidades. Imagina, me respondió, que no hay hombre que la contente; cincuenta me la han pedido, y cincuenta mil veces ha dicho que no; en esta parte la debe usted lo que es justo la pague, pues toda esta noche se le fué en alabar su talle, cordura, ingenio, discrecion y prudencia, diciendo: ¡Ay, tia, si le habrá sucedido alguna desgracia á aquel caballero! Cuando usted vino, que serian las cinco de la mañana, me queria hacer levantar de la cama para que supiese de su salud. Estas finezas, la dije, mas nacen de su mucha discrecion que de mis cortos merecimientos.

En esto estábamos, cuando entró la niña echando rayos al aposento. Veniala siguiendo el estadista, á quien ella habia dejado por su materia de estado: llegaron los dos á darme los buenos dias, y como hay dias para todos, les repartí los que pude. El estadista me dijo: Señor don Gregorio, no es buena razon de estado rondar por amistad, siendo curiosidad del gobierno, y no razon moral. Yo soy estadista, pero nunca condeno el dia por salvar la noche; no siendo gala del juicio vestirse de tinieblas á costa del sueño, pues nuestra vida consiste en la conservacion del individuo, y mas cuando usted deja sus servidores pendientes de su fortuna. Si está mal con el dia, no tiene razon, siendo mi señora doña Beatriz tan propiamente sol. La niña respondió: Señor don Crisóstomo, crea que el sol no se levanta por costumbre, sino por naturaleza. La vieja dijo: El señor don Crisóstomo vive por razon de estado, pero las mujeres por orden natural; mas precia su merced gobernar la república de su bolsa que la de su cuerpo. Los estadistas, amigo y señor, son como los relojes, que en dejando de dar, mueren; pero usted quiere gobernar, y no dar. Pues sepa que no hay estado que dé, que no guste de recibir primero. Yo, señora mia, replicó el estadista, me atrevo con mi poco juicio á gobernar una monarquía, pero no una mujer. Tiene razon, dijo la vieja, porque nosotras lo desgo-

bernamos todo, y así no se fie de ninguna. ¿Quiere un ejemplo? dijo don Crisóstomo: Adán fué el primer estadista, y le derribó una mujer. Engañase, respondió la vieja. Pues ¿quién fué? replicó don Crisóstomo. El diablo, dijo ella, pues no contento con el gobierno de su jerarquía, se opuso al gobierno de Dios, y luego al del hombre, engañando primero una simple mujer, y desde entonces no fiaremos las mujeres de ningun estadista una república de alacranes. Linda gente, almas de leones, y cuerpos de corderos; todo lo saben, todo lo ignoran, todo lo gobiernan, y todo lo destruyen. Perdóneme, señor don Crisóstomo, solamente los reyes son estadistas, pues les dió Dios dos ángeles de guarda para que acierten, pero usted solo es de guarda para sí solo.

Aquí llegaba el discurso de Celestina cuando entró el soldado: yo como le vi empecé á levantarme á toda priesa, pidiendo de vestir á mi eriado; la niña quiso serlo; pero yo la dije que conservase la compañía si no queria perderme. Llegó el soldado arqueando cejas y engomando bigotes, y dijo: Esta niña, señor don Crisóstomo, ha rondado con el señor don Gregorio. Yo respondí que si habia puesto él alguna en lugar de ronda por irse á dormir; no se dió por entendido, que no lo era. Llegóse á la vieja y dijola: ¡Ah, madre, qué preparada estais para salir á fiestas populares! Como vos, respondió la vieja, salgais á ellas, sea luego. El soldado replicó: Si la bajada del gran Turco fuera tan cierta como la de vuestra sobrínica á esta sala, trabajo tenia Italia. En verdad, respondió la vieja, que mas trabajo tendria el castillo de Milan si á escala vista le hubiérades vos de asaltar. Llegó á la plática el filósofo, diciendo: Mi señora doña Beatriz, la cosa mas necesaria para la conservacion del mundo es la privacion, y la que mas se siente es ella misma; si usted nos priva de su vista, forzosamente mudaremos forma, y no dudo que la del señor don Gregorio sirva de materia á la de usted; pero conviene no mudar muchas por no hacer verdadera la opinion de Pitágoras, que dice se pasean las almas de cuerpo en cuerpo como de flor en flor. La niña respondió: No reprueban las damas esa opinion, pues cada dia mudan galanes; pero yo, señor mio, no la he seguido hasta ahora, porque mi forma está intacta, y aborrece las materias corpóreas como apostemas. Ya yo sé, dijo el filósofo, que usted es hecha de la materia prima, y que su composicion es celeste y angélica. Oyólo el fraile, que entró en este punto, y dijo: Bien digo yo, que no hay filósofo que no toque en hereje. Angélica será el alma cuando esté en compañía de los ángeles, que en cuanto está en el cuerpo de esta señora, aunque lo es, no lo es; y en lo que toca á ser de la materia prima, no es sino de materia corruptible, y mire lo que habla, que soy calificador del santo Oficio; yo no sufriré una herejía á mi padre que venga del otro mundo. De tal mundo puede venir, respondió el filósofo, que no diga una, sino mil y una; lo que yo digo sustentaré con Aristóteles, que dice ser hechos los cielos de la materia prima ó quinta

esencia; esta señora es todo cielo, luego es compuesta de lo mismo. Que su alma es angélica, nadie lo duda, siendo de naturaleza intelectual; y habiéndola criado Dios inteligencia separada de materia, y aunque ahora tiene por enemigos el mundo y la carne, líbrele Dios del demonio, que de los demás pocos se han librado.

Pasara mas adelante el argumento si no entrara mi juez haciendo gala de la camisa, quiero decir, abotonándose las mangas holandesas con sus puntas de Flándes, á quien servia de encaje él mismo. Veniale siguiendo mi letrado, y detrás de ellos el alguacil y escribano; los que hallaron asientos se sentaron, los demás de sentidos se quedaron en pié, diciendo que así se hallaban mejor. Mi letrado levantó la plática, pero dejola luego caer: preguntóle á la niña qué edad tenia. Ella le respondió: ¿Qué edad me juzga el señor licenciado? En verdad, replicó él, que cuando anda la señora doña Beatriz sobre sus cuarenta y ocho es todo lo del mundo. La vieja respondió: Mi sobrina anda en dos, pero son piés; no puedo sufrir letradurías anales, que son peores que asnales. ¿Han visto al señor letrado de Matusalen y qué buena vista tiene? Pues por el siglo de mi abuela, que no tengo yo cincuenta cumplidos. Justicia de Dios venga sobre todos los que levantan falsos testimonios; digo que si no es un letrado, otro en el mundo nos podia hacer tan grande tuerto. ¡Cuarenta y ocho!; Una muchacha que anda en tutela y no puede por falta de edad usar de los bienes que heredó de naturaleza! Vuélvala á mirar, señor licenciado, y retráctese de lo que ha dicho, que es herejía cometida contra la diosa Vénus; desdígase, que no le absolverá de este pecado un impotente. Púsose colorado el juriconsulto, y dijo: En tanto que la señora Matorralba, que así se llamaba la vieja, no me mostrare el libro del bautismo, no me aparearé de mi opinion. ¿Cómo se puede aparear, replicó la vieja, quien anda en sí mismo? Por vida del señor licenciado, me diga qué edad tiene. Póngame número, respondió el abogado. Juzgo yo, dijo la vieja, que habrá enfadado al tiempo sus noventa y seis años, y á las gentes sus noventa y seis mil. Ese sí que es testimonio verdadero, respondió el letrado; noventa y seis cardenales tenga en la cara quien tal dice. El filósofo metió el montante, diciendo: No se trate de años, que ninguno los tiene, pues se pasan y deshacen como la niebla á los rayos del sol. Nuestra vida no consta de años, sino de sombra, que en faltando la luz de la respiracion, falta ella. La edad del hombre es flor de almendro, que á la primer luz visita el sepulcro. Los años se hicieron para los cursos celestes, que acabados, vuelven; pero no para el hombre, que se va y no vuelve á tener parte en el siglo. No es bien contar los años cuando se pueden contar los alientos; los primeros no faltan, los segundos sí. No se tiene lo que no se posee; no en vivir mucho consiste la felicidad del hombre, sino en saber cómo se vive. Nuestra vida es un dia de veinte y cuatro horas; en una salimos al mundo, y en otra le habemos de dejar. No por tener menos años se aumenta la vida, los dolores sí; pues

siendo los dias mares de nuestra vanidad y corriendo tormenta en ellos, el que estuviere mas cerca de la muerte, estará mas pronto de llegar al puerto. No caducan los ancianos, los mancebos sí; pues los unos saben que han de morir, y los otros aspiran á vivir, y mas juicio tiene el que se pone con experiencia que el que sale sin ella. No por quitarse los años se vive mas, antes menos, pues pensando engañar al tiempo, nos engañamos á nosotros mismos. El principio del nacer es jeroglífico del morir, todos nos vamos, y la tierra permanece; salimos como flor, y luego somos cortados del campo de la vida. Los que se quitan los años se quitan las armas de la sabiduría. Mas vale contar mas que menos, pues no hurta quien gasta de sí mismo los dias de su vanidad. Los filósofos antiguos trabajaron por llegar á la edad perfecta, pero nosotros trabajamos por llegar á la edad de la ignorancia. Los cuatro humores llevan la carroza de nuestra vida sobre las alas del tiempo; pretender cejar atrás las ruedas de este triunfal edificio es querer retroceder el curso y velocidad de los planetas. No es bien que los años vivan con cuenta y la virtud sin ella. El caballo mas diestro cae en el principio de su carrera. Tan presto se atreve la muerte á derribar un mancebo de veinte y cuatro como un viejo de ciento. Ninguno se agravia de serlo, pues no hay mayor afrenta que infamar el tiempo y la naturaleza. Tiempo hay para todo; pero no goza el hombre sino su parte, y no podemos, siendo mundo pequeño, abrazar con la vida el mundo mayor, y así nos dieron la parte conforme la capacidad de nuestro sugeto. La sustancia de la forma y fuerza de la materia nunca se atrevieron á nuestra privacion. El gusano que deshace nuestra vida no se cria de los años; criase de nuestro apetito, que los años no tocan lo que no criaron, sino dan lugar á que se crie. El daño no viene de la luz de afuera, viene de las tinieblas de adentro; en rebelándose la república de nuestro cuerpo, somos todos perdidos, unos hoy, y otros mañana. No somos señores de nosotros mismos, pues á físicas medicinas nos gastamos, y cuando esperamos vida, entonces nos rodea la muerte. ¡Qué aguardamos de fábrica amasada con agua y polvo y alentada con fuego y aire! Cuatro simples hicieron un simple, tan sujeto á los accidentes de la ignorancia, que cada hora sabe mas de esta ciencia: vivimos entre muertos, comemos muertos, vestimos muertos, visitamos muertos, lisonjamos muertos, y con tener á nuestra vista tanto cadáver, queremos vivir para siempre. En verdad que venimos al mundo para merecer, pero no para valer, y no puedo creer sino que antes de nacer cometimos algun delito, pues nos condenaron á semejante destierro. Yo no alcanzo el secreto, pero sospécholo; y de no, ¿qué razon hay para que el hombre lllore cuando nace? ¿No fuera mas puesto en razon que guardara los lloros para la muerte? Antes de cometer el delito le llora: ¡notable error, ay de mí! Sin duda le habia cometido antes, y pues le viene á pagar, justo es que guarde la risa para la muerte y las lágrimas para la vida.

El fraile, que le habia escuchado atentamente, le dijo:

Usted es filósofo moral, pero quisiera que fuera mas espiritual; los años no se pueden despreciar, siendo escalas por donde el alma por su merecimiento sube al trono angélico. Los virtuosos, aunque se quiten los años, no se quitan las virtudes, ni es justo atropellar la vida con la continua memoria de la muerte, sino emplearla en saber morir. Si la forma asiste en la materia y no la gobierna como debe, justo es que de la culpa salga la pena. Las constelaciones de los planetas inclinan, pero no fuerzan; porque el libre albedrío del espíritu es mas firme que los mismos cielos, y no lo fuerzan las impresiones celestes, por ser compuesto de mas dignidad cuanto va del ángel á la esfera. La privacion toca á la materia, pero no á la forma; y si la forma no puede eternizar la materia, no es defecto suyo, sino orden del Altísimo y primer entendimiento, que es Dios. Los años no acaban al hombre, antes le hacen mas perfecto, subiendo el temperamento desde la humedad al calor, y del calor á la sequedad, y con ella el anciano obra bien conociéndose á sí mismo, si no en todo, en parte, y con este arbitrio de los años pasa el hombre á mejor vida, y no mereciera tanta posesion si los años no le dieran á conocer lo infinito de una inmortalidad; de modo que este plazo finito no quita el infinito. En vano despreciaron la vida los filósofos, siendo ella una escala por donde se sube á la inmortalidad. Si piensa que los justos hacen penitencia por despreciar la materia, se engaña, que los actos de virtud son los alientos de la misma vida; saber vivir es saber obrar; retirarse del mundo por buscar la quietud será prudencia, pero no sabiduría, porque la contemplacion del espíritu sin obras mas viene á ser vicio de la potencia que virtud del acto. No cometimos delito antes de haber nacido, pero la culpa del primer hombre causó este delito, amagado en el individuo; mi alma libre estaba por creacion, pero no por generacion, pues vino al cuerpo, de modo que el secreto no es grande si se cree por fe. La verdad es que cuatro simples hicieron un simple, pero el Señor del mundo sopló en él espíritu de vida intelectual, sustancia incorpórea, llena de sabiduría angélica; y bien puede la fábrica amasada con tierra y agua ser ruina de sí propia, pero el dueño que la habita, aunque caigan las columnas del templo, no morirá como Sanson. Si comemos muertos y vestimos muertos, no lo somos, que Salomon, príncipe de la sabiduría, igualó la materia corporal con la del bruto en cuanto á volver á la tierra, donde fué formada; pero en la resurreccion de los muertos volverá á ser juzgada, pues todos hemos de resucitar en el valle de Josafat. De modo, señor mio, que su doctrina de usted sin la mia será sembrar en tierra donde no cayó rocío del cielo y labrar un palacio sobre la region del aire.

El estadista tomó la política en la boca, y dijo: Cuando la monarquía del orbe se hizo tuvo principio para tener fin, y este fin y principio consiste en el gobierno y conservacion de los años, que hacen con sus muchas partes el todo, siendo ellos y cuanto se ve visible y invisible, gobernados por la suma sabiduría de aquella

causa primera, luz y ser de todas las demás causas. Pero la fábrica humana, torcida en parte por el pecado, no pudo ser hecha en mejor forma; esta es de años, y si muchos no son nada, menos fueran si el gobierno no los alentara con el estado. Necesario es que para castigar á muchos malos peligran algunos buenos, pues muchas veces paga el inocente brazo el delito que cometió la cabeza. La república del hombre tiene para su conservacion la materia, compuesta de cuatro cualidades; trepan por ella los años; si se acaban en medio de la agitacion ó el accidente mal gobernado, la medicina los arruinó, ó la poca fuerza del húmedo los acabó. Los años deben ser gobernados con una mediocridad de estado; y si por sustentar el todo de la virtud peligrare alguna parte, no se escandalice el necio, que, como nuestra vida es una continua guerra, no se puede hacer sin escándalo de la salud y falta de muchas fuerzas. Por ensanchar la monarquía del cuerpo se pone á riesgo la del alma, que es tan horrible el estado del linaje humano, que atropella el divino. ¿Qué importa que sea la potencia señora si el acto predomina sobre ella cuanto va del pensamiento á la obra? Muchos reinos se conquistaron con la imaginacion sin riesgo de un soldado, pero no con las armas sin riesgo de muchos. ¿Quién duda que el retirarse del bullicio del mundo no sea materia de estado de la prudencia? Pero ¿quién podrá dudar que no es cobardía del ánimo huir de su semejante? No dudo que la suma felicidad consista en la moralidad de la vida y gloria intelectual; pero ¿quién podrá alcanzar el triunfo soberano sin muchos peligros? Y cuando lo alcance, ¿quién duda haberle dado el perdón mayor parte que el arrepentimiento? Los necios no consideran que el estado consta de años, y los años de experiencia y tiempo; no reparan en las obras buenas, sino en las malas, como si para vencer un ejército de enemigos se pudiera conseguir sin robos, muertes y escándalos. ¡Oh si la guerra se pudiera hacer sin tributos! ¿Qué culpa tenían los inocentes niños que se hallaron en tiempo del diluvio, los que acabaron en la derrota de Madian, y otros infinitos? Por cierto, estado divino es atropellar con justicia los unos y los otros. Cuando las monarquías se declaran guerra cada una tira á su conservacion, aunque se arruine la parte inocente; no hay regla sin excepcion, como lo es querer guardar un general sin riesgo de un particular. No se gana el cielo sin buenas obras; pero ¿quién no habrá maltratado infinitas virtudes primero que lo consiga? Pues para ganar una fortaleza se pelea con los buenos y malos sucesos, y entre ellos peligran el justo y el injusto. Concluyo con decir que los años no se pueden conservar sin peligro de vida, y á veces los mejores son de contraria fortuna para el hombre, y cuando se quita los años, se los aumenta de ignorancia, y al contrario, cuando sube de punto la edad, los llena de sabiduría y gobierno.

El soldado se levantó, diciendo: ¡Oh pesa mí con tanto argumento! Oh bien haya la guerra donde la verdadera ciencia es estudiar en el libro de la muerte, si nos dan lugar para ello! Los orates filósofos, que des-